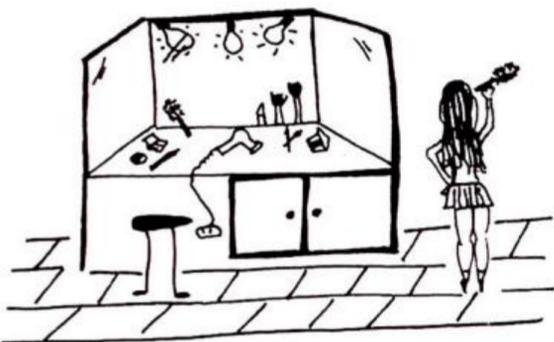


see timbre de fagot y lo sorprende al enumerar las cosas que tocan su ser, objetos fugaces, veloces, pasajeros, casi fugitivos.



La certeza de lo transitorio llena esta poesía de un desconsuelo, arduo camino entre la tiniebla y el regocijo, la duda y la sed, el alba y la oscuridad.

Y, sin embargo, la mirada del poeta registra pequeños frutos milagrosos: “Una noche de agua para el ojo inmóvil de la lagartija”; la mirada de su mascota, “ojos de aceituna”; el juego de los amantes sobre la hierba; la rica confusión de la lluvia, embriaguez, olor a café y hojas quemadas; “la risa de los amigos, el libro que se demora entre mis manos, la palabra súbita, los gorriones”, las manos blancas de la mujer, el sueño del poema.

De esta manera Linero da pasos decisivos hacia la conquista de su propia voz, clara y contenida. Su actitud es existencial y crítica, la cual se ejerce sobre la propia materia de la creación. De forma lacónica cuestiona la necesidad de la poesía, la condición marginal del poeta. Su decir escueto opta más por el silencio que por la retórica. Subraya del poema su condición de acto efímero, de breve fulgor en medio de la insensatez contemporánea.

Poesía que nace del desencanto, de la encalladura. Ningún sentido de grandeza lo alienta. Por el contrario, lo anima un aire de fugacidad, la sequedad, la reserva, el estoicismo, el sarcasmo, porque los poetas de hoy se enfrentan a un mundo desmembrado e incoherente, sin más armas que su lucidez.

La mesura ascensional de los poemas cortos le da a su poética una cualidad etérea y nostálgica: despo-

jamiento, impresión, sensación, presentimiento. Poesía que dibuja un estado de ánimo, la sensibilidad y el sentir del poeta. Confesión, austeridad del verbo, artesanía del vocablo, contención, sencillez, casi humildad, moderación, economía de expresión, depuración, sobriedad.

Lecciones de fagot manifiesta la enseñanza de un creador que, a través de la poesía, se busca a sí mismo y que mediante la construcción de un lenguaje refleja la orfandad del hombre. Pero, al unísono y paradójicamente, el libro señalado se convierte, en virtud del verbo poético, en un mensaje y en un grito solidario con el mundo impersonal y colectivo de nuestra exasperante cotidianidad.

GABRIEL ARTURO CASTRO

...dos

Lecciones de fagot

Fernando Linero

Universidad Nacional de Colombia,
Bogotá, 2004, 60 págs.

De los muchos sonidos que hace años se producían en Santa Marta, ciudad natal del poeta Fernando Linero (1957), sólo dos se pueden recoger ahora: los gritos de los muchachos que jugaban a patear una pelota de trapo en las calles y otro, las notas de un piano o de un fagot que se escapaban a través de las ventanas abiertas de muchas de las casas de la ciudad portuaria. Si por uno u otro motivo los jugadores y los músicos callaban, una tristeza solemne adormilaba todo lo que cubría la media luna de la bahía y que, como un manto continuo, luego se internaba por las hileras de un pavimento igualmente mudo, por donde nadie ni nada, transitaba, a menos que fuera una brisa enloquecida que levantaba torbellinos de polvo y papeles perdidos. Las casas coloniales hacían muy suya esa quietud y que-

riendo ser eternas en cada instante, parecían envolverse en sus propios velos fantasmales, en esa bruma que llegaba pausada pero a la vez ardiente de recuerdos detenidos sobre los techos. Miles de soles estaban ahí Cientos de lagartos se prendían a las paredes. A lo lejos, sobre las aguas que vibraban entre dos profundidades, la del cielo que se hundía hacia arriba y la del abismo líquido que bajaba, estaba detenido el puerto y sus aves:

*Por encima de las sirenas de los
[remolcadores una fila
de alcatraces habla de la lluvia,
[de las alarmas de nuestra
incuria. Uniforme su aleteo,
[habla del viento. [pág. 52]*

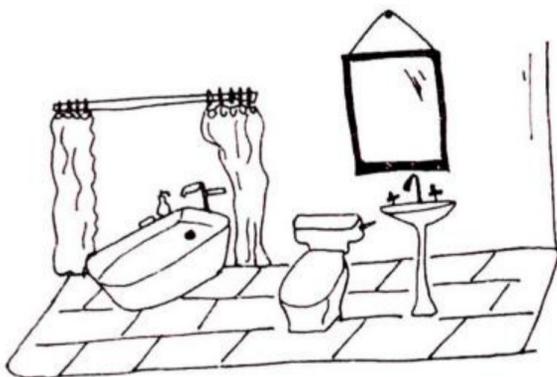


Leer la poesía de Fernando Linero es entrar a la armonía ilustre de Santa Marta. En su palabra la ciudad murmura, tiene un hálito, un respirar de bestia que se acuesta sobre su panza enorme. Lo curioso es que, a pesar de esa presencia tan física, tan palpable para el lector que la experimenta cada vez que recorre un renglón, la ciudad poética de Linero tiene la virtud de hacerse liviana, de disolverse. De un momento a otro se sabe que no es la real y que por lo mismo, la del libro, la que ha traído Linero, transita mansa, sin carne y sin cemento, hecha levedad. La ciudad inventada tras el verso, existe; es tan fuerte en lo que quiere decir como la otra, la que se halla junto al mar y junto a la sierra que lleva su mismo nombre.

Fernando Linero emigró de su ciudad en 1977 para instalarse en el centro del país, en Bogotá, la misma que en 1538 fundara el samario na-

cido en Granada (España), don Gonzalo Jiménez de Quesada. Era una especie de segunda conquista, de segundo peregrinaje con traída en el equipaje de un imaginario. Tenía por entonces 20 años y cuando lo conocí con sus primeros versos, se percibía en él una fuga, una alejamiento que debía exorcizar para iniciar la etapa de alimentación para su poesía:

*Tendido en la noche pienso en
[las separaciones, en lo
que me han enseñado. La puerta
[de un instante en el cual
fui feliz; la gota de luz
[colmando la medida de unos
[ojos;
una vieja casa en la distancia.
Cosas elegidas, amadas y
[perdidas hacen sombra sobre
el verso que escribo. Leños que
[como el mobiliario y las
vigas del techo de la casa, sirven
[para alimentar los hornos
del poema. [pág. 44]*



En *Lecciones de fagot* el verso corre como percepción, como el señalamiento de algo que en el más allá de su particularidad, la ciudad hace suyo como un colectivo que permite definirla y entenderla sólo con la imagen que produce la poesía. La ciudad creada, la ciudad percibida por Linero, tiene como sustancia, el paso del tiempo por encima de su quietud. Cronos aparece en todas sus divisiones posibles (día, noche, amanecer, mediodía, atardecer). El don creativo se halla ligado a ese transcurrir. Una burbuja de ciclos envuelve, hace caparazón a la ciudad, a sus elementos. De este modo se siente en cada poema un corte, un fraccionar que corresponde a plazos,

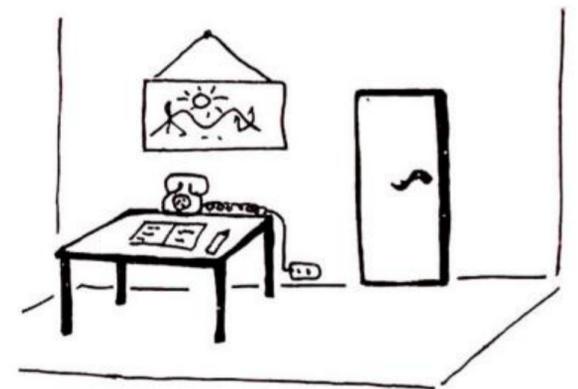
a las medidas que rondan y caminan con las circunstancias o con ese componente de la duración que da rutina y sobre los cuales la práctica de la soledad aparece: “Después de días que no han sido sino un ensayo de otros días, escucho un fagot” (pág. 20). Cada parte del día cumple un papel: un quehacer para que se encadenen imágenes: “Una noche de agua para el ojo inmóvil de la lagartija; / un amanecer de agua para que la hierba flote blanda en los / arroyos; un mediodía de agua para remojar la fatiga y la / familia; un atardecer de agua para el canto de los grillos y el / aire de las nubes” (pág. 39).

Es claro para Linero que en su poesía la vida debe depender del tiempo porque en él se alimenta. Alrededor del tiempo los elementos rondan, hacen su historia, la que él como escritor debe sacar del abandono: “Durante meses el verso madura. Secreto avanza hacia el fondo de los actos. El pro y el contra pesan entonces en el pequeño cerebro. // Avanza hacia eso que está detrás y casi nadie advierte, hacia tanta parte callada” (pág. 25).

Cada ciudad tiene un abismo donde ubica sus gritos y sus silencios. En ese averno que renueva siempre sus límites se produce una especie de flema, de capa viscosa que le da su personalidad. Linero asumió esa carga de su patria chica y la dimensionó con esos perfiles tan propios, donde la palabra de otros pudo hacer lo mismo que Kavafis con Alejandría o Pessoa con Lisboa, como lugares puntuales para el lector que desfila ante ellas y que permita que permanezca en ese estado intangible: “Aquí me quedo viendo caer la lluvia, aquí donde me / busco. Mi madre quema en el fondo del patio las hojas secas / del verano y mi mujer ve fantasmas paseándose aburridos. // Escucho las calles conversar al pie de los portales, aquí // donde soy mi propio yo y los otros. Amo este balcón, esta / embriaguez, este miedo, estos libros, este olor a café, esta confusión” (pág. 42).

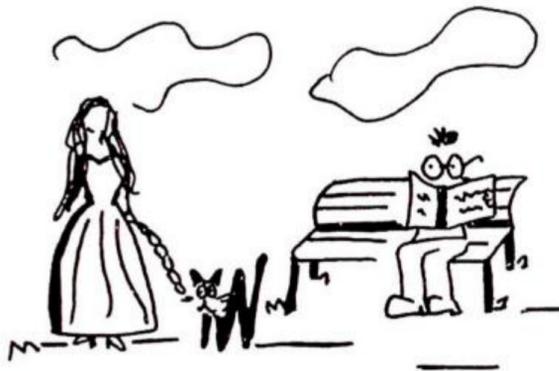
Fernando Linero se convierte en el pasante de la vida indefnida, en esa que por su minucia nadie entra

a clasificar ni a sumar. Sin embargo, en ese actuar del detalle está buena parte del patrimonio con esa fragilidad delicada, pero indecente, que lleva un rocío de caspa sobre el espíritu ciudadano: “Tomando tinto en la cocina repaso, igual que un / anciano, hechos menudos que he coleccionado. Son iguales / a esos dibujos que vamos dejando en la margen de los / cuadernos que no son asunto del verso, táticas confesiones / que están allí donde no llega la literatura. El poeta, cualquiera / sea su edad, es viejo” (pág. 35).



Cualquier ciudad late desde sus propias situaciones. El latir sube y se suspende en su aire, se queda en suspenso como espíritu para forrar ese espacio que se consolida como lo que es, como un vertedero de desconuelos, de sudores y de olores del alma. Apropiarse de ello, es una labor que corresponde a la toma por asalto de los gestos, las formas del vivir y del pensar, de aquellos rincones, paredes de humedades que apenas dejan una figura, un rasgo. Nada de eso desaparece en la memoria. Toda esa presencia de ciudad está ahí, escondida y lista a salir ante cualquier llamado, ante cualquier invocación que haga el poeta. Linero supo hallar esa parte invisible que sólo es capaz de descubrir quien la ha vivido en el latigazo presencial de un instante. Linero atrapó en la palabra ese escarpado itinerario que proyecta una ciudad y que se reconoce entre lo apocalíptico y el entusiasmo, la indecisión y las ganas. Hay ciudades que por instantes tienen los atributos del desencanto y que por lo mismo corresponden al ser de la espuma que por un momento tiene la posibilidad de hacerse grande y

después, al instante, quedar deshecha sobre la arena de la playa. Linero atrapó ese permanente degüello de la vida: "Ahora puedo ser el padre de mi padre. Estoy en la / cantina donde él aún toma su cerveza. Soy su gesto y tengo su perfil // Sentado en la mecedora, bajo la grosella, escucho los / ruidos de la vecindad y en voz baja digo sus palabras. / Leo la prensa del domingo y la sangre confusa estremece / sus venas" (pág. 48). Cada casa tiene el mismo comportamiento burgués, el mismo estilo de mecedora, la misma marca de chancletas de plástico, el mismo nombre del periódico y esa agriera de un día que bosteza cuando a lo lejos o a lo cerca, alguien grita un gol de pelota de trapo o suenan las notas de un piano o de un fagot que se ensaya en una eterna cacofonía.



Para Linero la poesía es oficio que oficia. Detrás de la espera del poema esta el hacedor, el que es capaz de tomar materias primas de la vida y amasarla. Nada trasciende porque todo se da como trabajo a lo natural: "Lo mío es tan importante como lo del panadero porque tiene el sagrado compromiso de elaborar el primer alimento del día" (pág. 56). Después viene la convicción de lo producido: "Lo que yo produzco es tan real, tan nutricio como un pan". No existe nada exótico, nada mítico para creerse mayor sobre lo que a diario sucede: "Hacer un pan no es menos misterioso que hacer un poema". Lo que se requiere es estar sintonizado con el día que despunta para saber que fórmula se ha de aplicar: "Cada día tiene para su pan de cada día una fórmula distinta que el panadero debe descubrir en el color del alba".

Lecciones de fagot representa lo elemental, ese canto sin oda que hace fisura con las cosas elementales para hablar de ella y por ausencia de las que se podrían llamar grandes. Es toda una intención ese producido. Ese poema corto que da la sensación de no querer extenderse. El poema se agota en sí mismo, se detiene en su prosa como para que la palabra se reduzca a las precisiones. El poeta es músico, ejerce de igual modo la música como oficio. Sin embargo, su poesía no tiene la melodía de las notas. La consistencia musical del poema está por fuera del pentagrama porque tomó de la palabra su propia interpretación. Fernando Linero no hizo, para sacrificio del verso, esos retorcijones que muchos le dan a las palabras para que se conviertan en corchea o semicorchea. El equilibrio no está en la mezcla sino en la separación de las dos disciplinas. Escribir y hacer música están en sus dos esquinas. Ninguna se aproxima a la otra. El fagot, o el saxo por ello, no serán más que instrumentos que evocan a la ciudad perdida que se recupera a través de los símbolos que suenan en la memoria del escritor. El tiempo se recoge y se comprime y para Linero sólo se detiene en esa consideración que él propone.

ÁLVARO MIRANDA

La tierra del olvido, la indiferencia y la ingratitud

La aldea invisible

Clinton Ramírez C.

Alcaldía de Ciénaga, Casa de la Cultura de Ciénaga, Tipografía Unión Ltda., Barranquilla, 2001, 141 págs.

El libro objeto de esta reseña empieza mal desde la portada, pues se hace figurar como lo que no es, truco empleado en todo el volumen. O magia costeña. En efecto, aparece así:

La aldea invisible

Clinton Ramírez C.

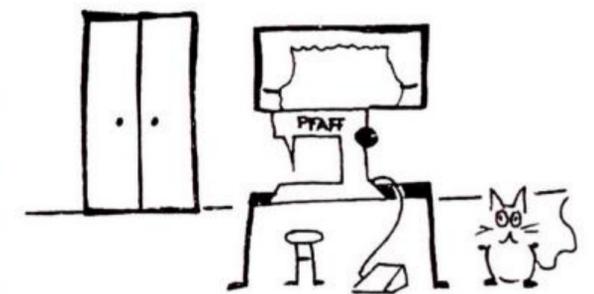
(Selección)

Lo cual se entiende como selección de la obra del autor mencionado. Debió decir: Selección, prólogo y notas de fulano de tal. El prólogo, escrito por él mismo, se refiere a sí mismo diciendo de sí mismo:

Página 7: "...es instituido en Ciénaga el *Encuentro regional de escritores*, en el que surge Clinton Ramírez C."

Página 8: "Es un momento exorbitante de la narrativa del país y la Costa Caribe. A él hay que inscribir la obra prima de Clinton Ramírez C."

Página 9: "Me atrevería a decir que la literatura de Clinton Ramírez C. no puede pensarse tampoco fuera de la órbita del autor de *La casa grande*".



Además, la página inicial aparece firmada en 1537, una de las fechas probables de la fundación de Ciénaga, para indicar así la identidad del prologuista con la ciudad, desde el primer día de su controvertida creación.

En realidad, el libro contiene una selección de textos que, desde el punto de vista del compilador, tienen algo que ver con el municipio de Ciénaga (Magdalena). Algunos son de escritores nacidos allí y otros no, pero que por cualquier motivo se convierten en cienagueros. Es el caso de Álvaro Cepeda Samudio, nacido en Santa Marta y en Barranquilla y en Ciénaga, según la fuente que usted consulte. "Aunque nacido en Barranquilla, se reconoció cienaguero. Su cédula lo atestigua", dice la nota biográfica.

El cuento que se incluye de Cepeda Samudio es un borrador sin revisar, cuyo asunto, muy propio de